

## Uruguay: tierra de gauchos, inmigrantes y poetisas

Érase una vez Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti y Eduardo Galeano...

No, este cuento no empieza así.

Érase una vez María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini y Juana de Ibarbouru, y también Sara de Ibáñez, Clara Silva e Ida Vitale... Voces líricas, con una sensibilidad y estilo únicos, por mucho tiempo silenciadas, ocultadas o ignoradas. Todas nacieron ahí donde el Río de la Plata se une con el Océano Atlántico, donde el tiempo parece detenerse ante un mundo frenético y desmesurado, donde la gente, cercana, tranquila y dialogante, es cautivadora con su tristeza dulzona y su elegante melancolía.

Uruguay, enclavado entre dos gigantes, Argentina y Brasil, es tierra de ríos, del candombe, de música y tambores, país de escritores, narradores y poetas, algunos de fama internacional que dieron un sello especial y una identidad propia a la literatura uruguaya. Escritores, decíamos, y escritoras también, con su discurso literario rico y variado que, sin embargo, han sido históricamente excluidas de ese ambiente intelectual agitado y creativo del Uruguay de finales del siglo XIX, una época de modernización y reformulación del concepto de nación que abrirá paso a nuevos sujetos e identidades culturales. En este marco se insertan los discursos sobre la feminidad vinculados al principio al modelo patriarcal convencional y a las imágenes de mujer-familia y patriación, antes de transformarse en manifestación de rechazo hacia el mundo doméstico y maternal, y hacia la visión del hogar como espacio propio de las mujeres, el espacio exclusivo de emociones, sentimientos y sacrificios pero no de la inteligencia. Es cuando la mujer entra en la historia literaria nacional, y Uruguay empieza a destacar por poseer un extraño y hermoso privilegio: es el país que más mujeres poetas ha producido en el planeta con respecto a su tamaño geográfico y demográfico. Y no solo eso. En la actualidad, es considerado como uno de los países más laicos del panorama internacional. La sociedad uruguaya es una sociedad liberal y secularizada, plural y tolerante. En Uruguay los presidentes no juran sobre la Biblia desde comienzos del siglo XX, no existen crucifijos en los hospitales ni en las escuelas públicas, y no se reconocen los casamientos religiosos. Se permite el matrimonio entre personas del mismo sexo, el consumo de marihuana es legal y se defienden los derechos sexuales o reproductivos de la mujer. Esa sociedad que tanto ha tardado en sacar a la luz a sus mujeres y su escritura, aparece hoy día a los ojos del visitante como un espacio de libertad, heterogéneo y equilibrado. Un equilibrio que reflejan sus gentes y su capital, "Montevideo, que duerme su eterna siesta sobre las suaves colinas de la costa, indiferente al viento que la golpea y la llama: Montevideo, aburrida y entrañable, que en verano huele a pan y en invierno a humo" (E. Galeano, *El libro de los abrazos*). Destino anhelado por los inmigrantes del Viejo Mundo, con su paso lento y silencioso, el olor a mate y asado, sus edificios decadentes, el sonido del mar, del viento y del motor de los Ford Escort de otros tiempos, Montevideo es una ciudad antigua pero no vieja. En sus barrios y por sus calles desordenadas y despojadas, se percibe cierto eclecticismo de una sociedad moderna pero que aborrece a la inmoderación, al exceso, al consumismo. Montevideo no necesita lucirse, no peca de egocentrismo ni de arrogancia. En los días de lluvia, parece eclipsarse, caer en el anonimato. Luego, cuando el sol vuelve a brillar, se descubre la verdad: Montevideo quiere preservar su esencia, permanecer alejada de la masificación y el exhibicionismo, quiere quedarse tranquila. Tranquila y pacífica, pero nunca dormida.

Asimismo, detrás de este tejido social vivo y variado, existe otro Uruguay. No me refiero a las glamorosas playas de Punta del Este y alrededores, ni a los pintorescos pueblos de Cabo Polonio o Punta del Diablo, ni siquiera al barrio histórico de Colonia de Sacramento declarado Patrimonio Mundial por la Unesco. Me refiero a otro Uruguay, escondido tras

esa famosa franja costera, con sus inmensos espacios abiertos y sus zonas naturales que reflejan el espíritu de la salvaje región gaucha del país. Se trata del alma de un país que no termina en la frontera con Argentina o Brasil, y no es solo destino de verano para surfistas o turistas en búsqueda de elegantes residencias junto al mar, hoteles de lujo y sofisticados restaurantes. Uruguay cobija una tierra verde y llana, donde la gente vive a la luz de las velas, cocina en una estufa de leña y se calienta delante de la chimenea. El interior de Uruguay es poesía pura, espejo de un país que es la cuna del lirismo femenino, ese mismo que engendró el estro personal e íntimo de autoras como María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini y Juana de Ibarbouru, y sus poemas metafísicos y simbólicos cargados de sensualidad y erotismo. Y ese mismo que produjo también la poesía existencialista y melancólica de Sara de Ibáñez, Clara Silva o Ida Vitale con su gran riqueza expresiva. Sus poemas son el canto de la vida misma, símbolos de un espacio propio, de la construcción del ser, y de la pertenencia a sí misma como acto de libertad. Escribir es construir a través de las palabras puentes de conexión con la “mujer salvaje”, con su esencia femenina instintiva, apasionada y sabia. Un ejercicio intimista e introspectivo que ha marcado la escena lírica uruguaya y todo un país que ha hecho de la melancolía su seña de identidad. La poesía entonces como laboratorio del lenguaje y construcción de sentido de un país cuyo corazón es naturaleza en estado puro. Una naturaleza agreste y exuberante como en la Quebrada de los Cuervos con su enorme garganta abierta a través del tiempo por el arroyo Yerbal Chico. Un paisaje místico con el recorrido risueño de los ríos y el canto de los pájaros como en Villa Serrana, refugio de estrellas y soñadores. Una tierra próspera y fluida como la región litoral, atravesada por el Río Uruguay pasando por las localidades de Fray Bentos, Paysandú y Salto, con sus balnearios de aguas termales y sus atardeceres espectaculares. Un entorno de cerros chatos y praderas como el de la patria gaucha, Tacuarembó, el corazón del país, cuna de escritores, músicos, artistas, y, supuestamente, de Carlos Gardel.

Zona de transición entre la llanura pampeana y el escudo brasileño, Uruguay se revela en sus corrientes fluviales lentas y pausadas, sus praderas que son hogar de ovejas, caballos y vacas, su población sosegada y apacible.

Uruguay es tierra de gauchos, inmigrantes y poetisas.